inmolación inminente. Con la Eucaristía entramos en otra dimensión temporal no ya sujeta a nuestras categorías. Entramos en un tiempo en el cual el futuro, iluminando el pasado, se nos ofrece como estable presente; por lo tanto, el misterio de Cristo, alfa y omega, se hace contemporáneo a cada hombre en todo tiempo. El tiempo se ha abreviado (cf. 1 Co 7,29), esperamos la resurrección de los muertos y ya vivimos en el cielo: "Este misterio hace que la tierra se transforme en cielo".

La Presencia permanente del Señor

En todos los sacramentos Jesucristo actúa a través de signos sensibles que, sin cambiar la apariencia, asumen una capacidad de santificar. En la Eucaristía, Él está presente con su cuerpo y sangre, alma y divinidad, entregando al hombre toda su persona y su vida. En el Antiguo Testamento Dios, a través de sus enviados, señalaba su presencia en la nube, en el tabernáculo, en el templo; con el Nuevo Testamento, en la plenitud de los tiempos, Él viene a habitar entre los hombres en el Verbo hecho carne (cf. Jn 1,14), siendo realmente Emanuel (cf. Mt 1,23) habla por medio del Hijo, su heredero (cf. Hb 1,1-2).

San Pablo, para explicar lo que sucede en la comunión eucarística, afirma: "Mas el que se une al Señor, se hace un solo espíritu con Él" (1 Co 6,17), en una nueva vida que proviene del Espíritu Santo. San Agustín ha profundamente comprendido esto, pero antes que él Ignacio de Antioquía y, después, muchos monjes, místicos y teólogos. La Divina Liturgia es esta presencia de Cristo "que reúne (ekklesiázon) a todas las criaturas", las convoca en torno al santo altar y "providencialmente las une a sí mismo y entre ellas". Dice San Juan Crisóstomo: "Cuando estás por acercarte a la Santa Misa, cree que allí está presente el Rey de todos". Por ello la adoración es inseparable de la comunión.

¡Grande es el misterio de la presencia real de Jesucristo!. Ella tiene para el Concilio Vaticano II el mismo sentido de la definición tridentina: con la transubstanciación el Señor se hace presente en su cuerpo y sangre. Los padres orientales hablan de metabolismo del pan y del vino en cuerpo y sangre. Son dos modos significativos de conjugar razón y misterio, porqué, como afirmó Pablo VI, el modo de presencia de Cristo en la Eucaristía "constituye en su genero el mayor de los milagros".

4. COMPROMISO

Propongámonos ejercer con mucha valentía y humildad nuestro servicio, en este año jubilar, para dar a nuestro Señor, física y espiritualmente, con el amor, el respeto y la dignidad que Él se merece.

5. ORACIÓN

E-Mail: comisionarquidiocesanadeliturgia@yahoo.com
Descarga de Subsidios: http://amd.streamload.com/comisiondeliturgiabaq

Teniendo como horizonte la Justicia, en este mes:
¡ Seamos honestos, seamos hermanos !

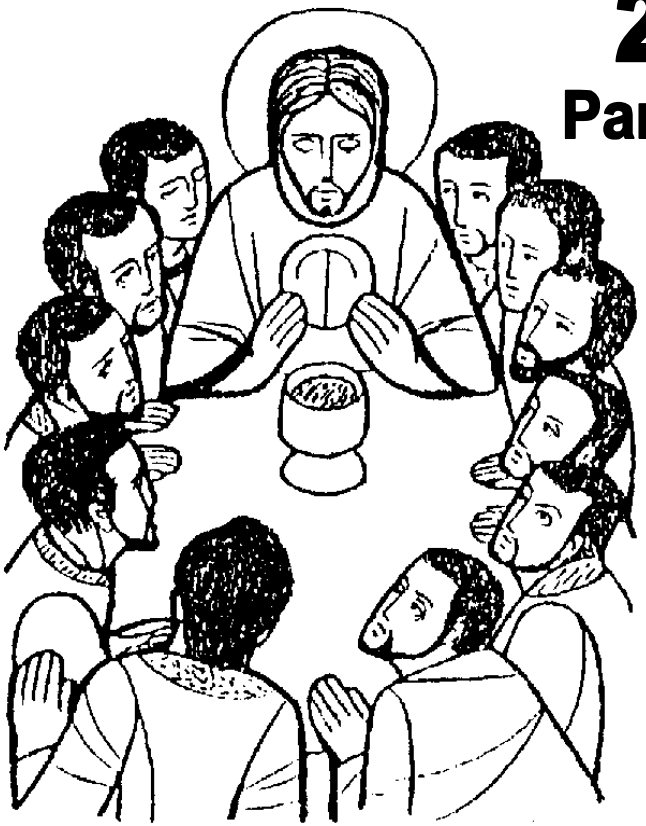
Agentes
Extraordinarios de la Comunión
COMITÉ DE LA CÉLULA PARA LA ANIMACIÓN LITÚRGICA

ETAPA 1
FASE 2
AÑO 2

ARQUIDIOCESIS DE BARRANQUILLA ● DPTO. DE SERVICIOS PASTORALES
PASTORAL LITÚRGICA ● SUBSIDIO No. 18 ● FEBRERO 2007

El Sacramento de la nueva y eterna alianza

2 Parte



OBJETIVO: *Al finalizar este encuentro, los Agentes Extraordinarios de la Comunión, finalizan el estudio puntual del capitulo I del documento "La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia"*

Queridos Agentes Extraordinarios de la Comunión, esperamos que estén llenos de mucho empeño, dedicación y espíritu de sacrificio, para continuar este año litúrgico 2007, Año Santo, que nos brinda un mar de bendiciones para todos los fieles de nuestro departamento, y en el cual ustedes como AEC tienen su misión fundamental junto con los demás agentes de pastoral litúrgica.

En este subsidio damos por terminado un tema empezado en el subsidio 17 del mes de Noviembre del 2006, correspondiente al documento: *"La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia"* (Secr. Gral. del Sínodo de los Obispos, 2004). Es un documento de profunda riqueza que debe ser estudiado lentamente, intentando digerir su contenido de manera gradual, profunda para que así se fortalezca aun más su amor a la Eucaristía y a su servicio pastoral.

1. ORACION:

Señor Jesús, plenitud de los tiempos y Señor de la historia, dispón nuestro corazón a celebrar con fe el Jubileo Arquidiocesano, para que sea un año de gracia y de misericordia. Tú que nos has dado como norma de vida el mandamiento nuevo del amor, haznos constructores de un mundo fraterno, donde la justicia sea defendida por todos los pueblos. *(Te lo pedimos Señor)*

2. FORMACIÓN

La acción de gracias y de alabanza al Padre

En la memoria de la Iglesia, en el centro de la celebración eucarística, están las palabras de la presencia de Jesús en medio a nosotros. "Esto es mi cuerpo, ... éste es el cáliz di mi sangre". Jesús se ofrece a sí mismo como verdadero y definitivo sacrificio, en el cual alcanzan su cumplimiento todas las imágenes del Antiguo Testamento. En Él se recibe lo que siempre había sido deseado y jamás había hallando realización.

Pero Jesús, a la luz de la profecía (cf. Is 53, 11s.) sufre por la multitud y demuestra que en Él se cumple la espera del verdadero sacrificio y del verdadero culto. Él mismo es aquel que, estando delante de Dios, intercede, no por sí mismo, sino en favor de todos. Esta intercesión es el verdadero sacrificio, la oración, la acción de gracias a Dios, en la cual nosotros mismos y el mundo somos restituidos a Dios. La Eucaristía es, por lo tanto, sacrificio a Dios en Jesucristo para recibir el don de su amor.

Jesucristo es el Viviente y está en la gloria, en el santuario del cielo donde ha entrado gracias a la propia sangre (cf. Hb 9,12); se encuentra en el estado inmutable y eterno del sumo sacerdote (cf. Hb 8,1-2), "posee un sacerdocio perpetuo" (Hb 7, 24 s), se ofrece al Padre y en razón de los infinitos méritos de su vida terrena continúa a irradiar la redención del hombre y del cosmos que en Él se transforma y recapitula (cf. Ef 1,10). Todo esto significa que el Hijo Jesucristo es mediador de la nueva alianza para aquellos que han sido llamados a la herencia eterna (cf Hb 9,15). Su sacrificio permanece para siempre en el Espíritu Santo, el cual recuerda a la Iglesia todo lo que el Señor ha realizado como sumo y eterno sacerdote (cf Jn 14, 26; 16, 12-15). San Juan Crisóstomo advierte que el verdadero celebrante de la divina liturgia es Cristo: Aquel que ha celebrado la Eucaristía " en la última cena, ése mismo es el que lo sigue haciendo ahora. Nosotros ocupamos el puesto de los ministros suyos, mas el que santifica y transforma la ofrenda es Él". Por lo tanto, "no es una imagen o una figura del sacrificio, sino un sacrificio verdadero".

Dios se ha dignado aceptar la inmolación de su Hijo como víctima por el pecado y la Iglesia ora para que el sacrificio aproveche para la salvación del mundo. Hay una identidad plena entre sacrificio y renovación sacramental instituida en la Cena, que Cristo ha ordenado celebrar en memoria suya, como sacrificio de alabanza, de acción de gracias, de propiciación y de expiación. Por lo tanto, a raíz del amor sacrificial del Señor "la Misa hace presente el sacrificio de la cruz, no se le añade y no lo multiplica". Por ello, el acto prioritario es el sacrificio. Luego viene el convivio en el cual recibimos como alimento el Cordero inmolado en la Cruz.

El Memorial del Misterio Pascual

Hacer memoria de Cristo significa ciertamente recordar toda su vida, porque en la Misa se hacen presente, en cierto modo durante el curso del año, los misterios de la redención; pero especialmente, según San Pablo, la humillación (cf. Flp 2), el amor supremo que lo ha hecho obediente hasta la cruz. Cada vez que comemos su cuerpo y bebemos su sangre anunciamos su muerte, hasta que Él vuelva (cf. 1 Co 11,26), y también su resurrección (cf. Hch 2,32-36; Rm 10,9; 1 Co 12,3; Flp 2,9-11). De ahí que Él es el Cordero pascual inmolado (cf. 1 Co 5,7-8), que permanece de pie porque ha resucitado (cf. Ap 5,6).

La institución de la Eucaristía ha comenzado en la última Cena: las palabras que allí pronuncia Jesús son la anticipación de su muerte; pero también ésta restaría vacía, si su amor no fuera más fuerte que la muerte, para llegar a la resurrección. He aquí el motivo por el cual la muerte y la resurrección son llamadas en la tradición cristiana mysterium paschale. Esto significa que la Eucaristía es mucho más que una simple cena; su precio ha sido una muerte que ha sido vencida con la resurrección. Por ello, el costado abierto de Cristo es el lugar originario del cual nace la Iglesia y provienen los sacramentos que la edifican, el bautismo y la Eucaristía, don y vínculo de caridad (Jn 19,34). Así, en la Eucaristía adoramos al que estuvo muerto y ahora "vive por los siglos de los siglos" (Ap 1,18). El Canon Romano expresa esto inmediatamente después de la consagración: "Por eso, Señor, nosotros, tus siervos, y todo tu pueblo santo, al celebrar este memorial de la pasión gloriosa de Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor; de su santa resurrección del lugar de los muertos y de su admirable ascensión a los cielos, te ofrecemos, Dios de gloria y majestad, de los mismos bienes que nos has dado, el sacrificio puro, inmaculado y santo: pan de vida eterna y cáliz de eterna salvación".

Durante la "cena mística", en la persona de Jesucristo coexisten como pasado el Antiguo Testamento, como presente el Nuevo Testamento y como futuro la